

¡Cristo ha resucitado! ¡Aleluya!

Por Arzobispo John C. Wester

Para todos en la Arquidiócesis de Santa Fe, deseo la plenitud de la paz de la Pascua de Cristo, y oro para que nuestro Señor resucitado extienda en cada uno de nosotros la alegría profunda y permanente que pertenece a los que, por el bautismo, han muerto con Cristo y son uno con Él en su resurrección. De manera particular, con alegría doy la bienvenida a nuestros elegidos y candidatos a la plena comunión con nosotros mientras celebramos la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte. Después de cuarenta días de ayuno, limosna y oración entramos a cincuenta días de regocijo y celebración, dando gracias a Dios nuestro Padre por acercarnos a sí mismo a través de Su Hijo, Jesucristo, en el Espíritu Santo. Sin lugar a dudas, ¡somos realmente el pueblo de Dios y "Aleluya" es nuestro canto!

Uno de los rasgos más llamativos de las apariciones de la resurrección de Cristo es que sus heridas son claramente visibles. De hecho, el Cristo resucitado invita a sus seguidores: "Miren mis manos y mis pies, soy yo mismo. Tóquenme y vean. Un espíritu no tiene carne ni huesos, como ven que yo tengo." (Lucas 24:39) En cierto modo, parece extraño que el cuerpo glorificado de Cristo pudiera llevar las marcas de su cruel pasión y muerte. Nos gustaría pensar que todo ese dolor y sufrimiento fue algo del pasado y pretender que nunca ocurrió. Pero el misterio pascual, es decir, la sufrida muerte y resurrección de Cristo, no puede ser fragmentada. Es un solo misterio, un evento que da vida y que contiene en su interior el indescriptible dolor de la pasión de Cristo y, al mismo tiempo, las semillas de la nueva vida. Este es el gran misterio, el centro de nuestra fe. Que Jesucristo, nuestro Salvador, está convirtiendo constantemente la noche en día, la oscuridad en luz, el pecado en gracia y la muerte en vida. Cada aspecto de nuestra vida, todo lo que somos, se encuentra atrapado en el amor ilimitado de Cristo y lleva siempre la promesa de un nuevo comienzo. La nuestra no es una fe que dice, "no te preocupes, nunca te pasará algo malo." Por el contrario, nuestra fe dice, "no te preocupes, puede ser que te pasen cosas malas, pero no hay por qué preocuparse."

Es sólo a través de la fe que podemos ver la tumba vacía como una señal de que Cristo ha resucitado de entre los muertos. Es sólo a través de la fe que podemos aferrarnos a la esperanza aun en medio de nuestro dolor y sufrimiento. La fe nos enseña que Cristo está siempre con nosotros, sobre todo en nuestros momentos más oscuros. En el relato de Marcos sobre la pasión, es el centurión quien finalmente proclama lo que habíamos estado tratando de oír lo largo de los primeros catorce capítulos del Evangelio de Marcos: "¡Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios!" (Marcos 15: 39) Él llegó a creer en medio de la oscuridad: "al mediodía, se oscureció toda la tierra hasta las tres de la tarde." (Marcos 15: 33) Paradójicamente, es en la oscuridad que habita Dios (véase 1 Reyes 8: 12 y 2 Crónicas 6: 1). Lo mismo es cierto para nosotros. En nuestros momentos más oscuros, Cristo está con nosotros y nos lleva a una nueva vida. Sólo con los ojos de la fe podemos ver la salida de nuestro sufrimiento. Sólo entonces podemos creer que el Cristo resucitado nos salvará una vez más. Es posible que no lo entendamos en ese momento, pero creemos que Cristo no nos abandonará.

Este año, una señal muy palpable de la presencia de Cristo es nuestra celebración del Año de la Misericordia. Ante el llamado del Santo Padre, toda la Iglesia Católica presta atención a un año

dedicado a ser "misericordiosos como el Padre es misericordioso." En un mundo que a veces parece totalmente desprovisto de misericordia, la iniciativa del Papa no podría ser mejor bienvenida. Todos nosotros estamos llamados a reflexionar sobre la inmensa misericordia que Dios nos muestra día a día, perdonando nuestros pecados y volviéndonos a llamar a la vida a través de Su perdón, sobre todo en el Sacramento de la Reconciliación o Confesión. Nuestro agradecimiento a Dios encuentra su máxima expresión a medida que extendemos unos a otros la misma misericordia que Dios nos muestra. Esta temporada de Pascua es un buen momento para pensar en alguien a quien hemos estado poco dispuestos a perdonar y decirle que estamos dispuestos a "enterrar el arma." Esa persona pudo habernos hecho daño de alguna manera y puede ser que no sea el más simpático, pero la verdadera misericordia no trata de equilibrar la balanza. Más bien, trata de encontrar una nueva vida y una nueva libertad mediante el abandono de las heridas pasadas y permitiendo que el poder del perdón pueda encontrar un nuevo camino y quién sabe, tal vez un nuevo amigo. Todavía recuerdo la imagen sorprendente de San Juan Pablo II perdonando al que pudo haber sido su asesino, Mehmet Ali Ağca, en la celda donde se encontraba en la cárcel. El Papa seguramente tenía todas las razones para estar enojado con la persona que intentó matarlo y, sin embargo, le ofreció su perdón y una mano amiga. Es esta clase de perdón radical lo que puede cambiar el mundo, una relación a la vez.

Oro para que todos nosotros en la Arquidiócesis de Santa Fe sigamos el ejemplo de nuestro Santo Padre y hagamos nuestra parte para llevar la esperanza y el perdón al mundo. Todos somos llamados a dar testimonio de la resurrección de Cristo y a recordarle a la gente que el Cristo resucitado sigue dando vida a su iglesia a través de la acción del Espíritu Santo. En otras palabras, la muerte no tiene la última palabra. Creemos que nuestras pruebas y dificultades diarias son incluidas en la gran obra de la divina Providencia, que siempre nos lleva a la tumba vacía y a una nueva vida. Durante estos días santos de Pascua, que todos nosotros seamos una fuente de vida y perdón el uno al otro, con heridas y todo, mientras continuamos siguiendo a Cristo, reconociéndolo en la fracción del pan. Vale la pena repetir: la muerte no tiene la última palabra - ¡Jesucristo la tiene! De hecho, Él es la Palabra pronunciada por Dios el Padre, en el Espíritu Santo, que nos llama de la oscuridad a Su propia y maravillosa luz.